

Luis Trigueros y José Eustasio Rivera

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

A fines de 1926, desde las columnas del *Suplemento Literario Ilustrado* de "El Espectador" se encienden las zarzas de la crítica contra la piel ya curtida de José Eustasio Rivera. En esta vez, lo hace el escritor Luis Trigueros, para increparle a Rivera que su novela carece de método, de orden, de hilación y de penetración psicológica. Nada menos. Como lo veremos en su debida oportunidad, Trigueros también había cruzado sus aceros con Guillermo Camacho Carrizosa y con Laureano García Ortiz.

Conocida la figura de José Eustasio Rivera y enterados de su trayectoria intelectual, veamos algunos datos biográficos de la persona que irrumpió en el ataque. Luis Trigueros, seudónimo de Ricardo Ramírez Sánchez, nació en Sopetrán, departamento de Antioquia, el 25 de septiembre y murió en 1947. Consta que desde muy joven se dió a conocer como crítico literario de aquilatados méritos en las columnas de *La Opinión* que, a comienzos del siglo, dirigió el historiador Gerardo Arrubla.

Como periodista, Trigueros estuvo al frente de *El Bogotano*, *La República*, y *La Convicción* de Santa Marta. Fue, además, asiduo colaborador de *El Nuevo Tiempo*, *El Nuevo Tiempo Literario* y *El Siglo*. En el exterior, alternó sus labores diplomáticas con el periodismo; su pluma dejó huella en *La Nación* y *El Mercurio* de Santiago de Chile; *El Comercio* y *La Prensa* de Lima, y, *El Diario* de La Paz; en esta capital realizó "una labor de segura eficacia respecto del empeño de un mayor estrechamiento de relaciones entre Colombia y Bolivia"; fue miembro de la Academia de Historia de Bolivia y de varias corporaciones literarias.

Luis Trigueros desempeñó diversos cargos diplomáticos en el Brasil, Bolivia y Chile; en este último país desempeñó el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. En 1928 asistió como embajador especial a la trasmisión del mando presidencial en la Argentina. En este campo de su actividad, suscribió importantes tratados públicos. Fue representante al Congreso de nuestro país y es autor de un interesante estudio de la administración del general Rafael Reyes titulado *La reconstrucción nacional* (Bogotá, 1908).

Trigueros, de temperamento melancólico, prefirió siempre —según sus propias palabras— “a la loca alegría de la mañana la majestad ensoñadora del crepúsculo”.

POLEMICA ENTRE LUIS TRIGUEROS Y JOSE EUSTASIO RIVERA

I

JOSE EUSTASIO RIVERA, NOVELISTA

Coexisten en José Eustasio Rivera dos fisonomías literarias nítidamente definidas —la del poeta y la del prosador— marcadas ambas con este sello característico: la fuerza. No es él un emotivo, no es un romántico, no es un sentimental. No. Es un másculo genitor de belleza que busca la veta de sus inspiraciones en el criadero de la realidad. Su vigorosa contextura de escritor, por el temple del pensamiento y por la pujanza de la expresión, tiene íntimas analogías con la de Emilio Zolá. Por su temperamento y modalidades artísticas yo lo compararía —como Anatole France al historiador de los Rougon Macquart— con un hermoso buey de ancha y recia pezuña, que abre pacientemente el surco, sólidos los cuartos, la nariz resoplante, robusto el cuello y potente la cerviz.

¿Sobrepasa en el letrado huilense el musageta al novelista? En mi concepto, sí. Las fabulaciones de Rivera —hay que reconocerlo— carecen de método, de orden, de ilación: *La Vorágine*, pongo por caso, es un caos de sucesos aterrantes, una maraña de escenas inconexas, un confuso laberinto en que los personajes entran y salen, surgen y desaparecen sin motivos precisos ni causas justificativas. Faltan en ellos, por otra parte, el sentido de la lógica y trabazón espiritual. Enfastiado con el amor de Alicia, Arturo Cova soporta trabajosamente el fardo de un

concubinato que entraba el vuelo de sus aspiraciones y anubarra su porvenir. A juicio de Cova, Alicia es ignorante, caprichosa, colérica, vulgar. Ni siquiera por el aspecto físico le satisface: sus cejas son mezquinas, corta su garganta, su perfil convencional. Sin embargo, cuando la moza huye con Narciso Barrera, Cova se entrega a la más frenética desesperación, pierde toda idea de conveniencia, vocifera como un loco, se mesa los cabellos y con la muerte en el alma emprende al través de la montaña homicida la búsqueda de la fugitiva, sitibundo de sangre, ávido de estrujar entre sus manos el corazón del seductor. ¡Del hombre que lo había libertado de la coyunda poderosa! La misma ausencia de penetración psicológica se observa en el estudio del carácter de Fidel Franco: ahíto con las caricias de Griselda, en secreto alimenta el deseo de que aquella hembra se aleje de su lado y le evite así la vergüenza de un brutal rompimiento. Lo que no le empece, en un raptó inverosímil de rabia y de dolor, al ver que la pelandusca lo abandona, prenderles fuego a su casa y haberes, condenándose por propia voluntad a la penuria y a la ruina. Tiene, no obstante, figuras de altísimo relieve el libro de Rivera. Trazada de mano maestra está la de Zoraida Ayram, la loba impúdica, la turca codiciosa, que devorada por ardientes apetitos eróticos, al par que por el ansia del lucro, visita florestas y barrancas, a fin de traficar con la salacidad bestial y con el apremio pecuniario de los caucheros. Y hay alientos de creación shakespereana en ese heroico Clemente Silva que sufre sin una queja la esclavitud, el rebenque del capataz inhumano, la miseria, el destierro, las asechanzas del trópico, a cambio de rescatar los huesos de su hijo Luciano.

Lánguida de acción, flaca de argumento, horra de sutileza y de análisis anímico, *La Vorágine* no es casi una novela: es un vasto cuadro en que aparecen pintados, con brochazos de intenso colorido, la majestad augusta de nuestros bosques y las costumbres, usos e idiosincrasia de los moradores de aquellas inhóspitas regiones.

América cuenta con óptimos cantores de la selva. Pero a despecho de lo expuesto, ni Alfonso Celso en *La Floresta Virgen*, ni Grasca Aranha en *Canaán*, ni Alberto Rangel en *El infierno verde*, escribieron jamás páginas que dejen zagueras las maravillosas descripciones del trovero colombiano que son reflejo fiel de los estados de su alma, tensa por el estupor que en ella

provoca la contemplación de una naturaleza monstruosa, atormentada, formidable y bravía. Vamos a entrar en un templo lleno de vagas penumbras, alfombrado de hojas muertas, vestido de musgos y de lianas, saturado de emanaciones capitosas, monumental santuario bajo cuya techumbre de esmeralda habitan el silencio, la soledad y el misterio. Leamos:

“Por primera vez, en todo su horror, se ensanchó ante mí la selva inhumana. Árboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica, semejantes a redes mal extendidas, que a fuerza de almacenar en años enteros hojarascas, chamizas, frutas, se desfondan como un saco de podredumbre vaciando en la yerba reptiles ciegos, salamandras mohosas, arañas peludas. Por doquiera el bejuco de matapalo, rastrero pulpo de las florestas, pega sus tentáculos a los troncos, acogotándolos y retorciéndolos, para injertárselos y trasfundírselos en metempsicosis dolorosas. Vomitan los bachaqueros sus trillones de hormigas devastadoras, que recortan el manto de la montaña y por anchas veredas vuelven al túnel, como abanderadas del exterminio, con sus gallardetes de hojas y tallos. El comején enferma los árboles como una sífilis galopante que solapa su lepra supliciatoria, mientras va carcomiéndoles los tejidos y pulverizándoles la corteza, hasta derrocarlos, súbitamente, bajo su pesadumbre de ramas vivas. Entre tanto, la tierra cumple en su seno las interminables renovaciones: al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota. En medio de los miasmas, el polen que vuela. Y por todas partes el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación. Aquí, los responsos de los sapos hidrónicos, las malezas de cerros misántropos, rebalces de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas. La diversidad de flores que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como una droga. La liana maligna cuya peluza enceguece los animales. La pringamosa que inflama la piel, la pepa de curujú, que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el corozo amargo. Aquí, de noche, voces desconocidas, pausas consternadoras, silencios fúnebres. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse, hace la promesa de la semilla. El caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono del árbol paterno. El chasquido de la mandíbula

que devora con temor de ser devorada. El silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo...

Un amanecer en los llanos ilimites:

"...Y la aurora surgió ante nosotros. Sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como una museлина ligera. Las estrellas se adormecieron y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba recién nacida, hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso volar, las guacamayas multicoloras. Y de todas partes: del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, fluía un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio inconmensurable, dardeó el primer destello solar. Y lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y de la fiera, rodó sobre las llanuras, enrojeciéndose antes de ascender al azul..."

¿Conoce el autor de *La Vorágine* la admirable obra *Os Certoos* de Euclides Da Cunha? Lo ignoro. Yo encuentro, sin embargo, estrecho parentesco entre el "barajuste" de nuestro bardo benemérito y el "estouro" del egregio estilista brasileño. Un rápido cotejo quizás no sea inoportuno. Se expresa así el memorialista de la guerra de Canudos: "...A boiada arranca. Nada explica, ás veces o acontecimiento, aliás vulgar, que és o desespero dos campeiros. Origina-o o incidente mais trivial: o súbito voo rasteiro de una araquam ou a corrida de un mocó esquivo. Uma rez se espanta e o contagio, uma descarga nervosa, subitánea, transfunde o espanto sobre o rebanho inteiro. E um solavanco único assombroso, atirando, de pancada, por deante, revoltos, mistrurándose embolados, em vertiginosos disparos, aquellos massicos corpos tao normalmente tardos e morosos. E lá se vao: nao ha mais contelos ou *alcancalos*. Acámanse as catingas, arvores dobradas, partidas, estalando em lascas e gravetos. Desbordam de repente as baixadas num marulho de chifres. Estrepitam, britando e esfarelado as pedras,

torrentes de cascos pelos tombadores. Rola surdamente pelos taboleiros ruido soturno e longo de trovao longinquo... Destroemse em minutos, feitas montes de leivas, antigas rozas penosamente cultivadas. Extinguemse, em lameiros revolvidos, as impueiras rasas. Abátemse, apisoados, os pousos. Ou esvasiamse, deivandoos, os habitantes espavoridos, fugindo para os lados, evitando o rumo rectilíneo em que se despenha a arribada: milhares de corpos que sao um corpo único, monstruoso, informe, indescriptivel, de animal phantastico, precipitado na carreira douda. Ee sobre este tumulto, arodeandoo, ou arremessandose impetuoso na esteira de destroços, que deixa após si aquella avalanche viva, largado numa disparada estupenda sobre barrancas e vallos, e cerros, e galhadas, enristado o ferrao, redeas soltas, soltos os estribos, estirado sobre o lombillo, preso as crinas do cavallo... o vaqueiro..."

Y Rivera escribe:

"...Súbito, el ganado empezó a remolinear, entre un espantado choque de cornamentas, apretándose contra la valla del encierro, como vertiginosa marejada, con ímpetu arrollador. Alguna res quebró su pecho contra la puerta y al instante murió pisoteada por el tumulto. Los vigías empezaron a cantar, acudiendo con sus caballos, y la torada se contuvo. Mas pronto volvió a remecerse en aborrascadas ondas, crujió el tranquero, hubo berridos, empujones, cornadas. Y así como el derrumbe descuaja montes y rebota por el desfiladero satánico, rompió el grupo mugiente los troncos de su prisión y se derramó sobre la llanura, bajo la noche pávida, con un estruendo de cataclismo, con una convulsión de embravecido mar..."

Don Miguel de Unamuno, Emilio Bobadilla, Gregorio Martínez Sierra, escriben versos muy semejantes a la prosa, de tal modo son ellos pedestres, inarmónicos y duros. En cambio, don Ramón del Valle Inclán y Ricardo León en España, Leopoldo Lugones en la república Argentina, en Chile Humberto Bohórquez Solar y en Colombia José Eustasio Rivera, dan a la prosa tan señalada melodía, que a ratos se confunde con el verso. Abundan en *La Vorágine* ejemplos a porrillo. En la novela hay trozos en los cuales se aparejan las asonancias con las cadencias interiores del período, por donde resultan verdaderas estrofas, como puede verse por los párrafos que copio a continuación:

*No sabéis del suplicio
de las penumbras,
viendo al sol que ilumina
la playa opuesta,
adonde nunca
podemos ir...*

*El carcelero que os atormenta
no es tan adusto
como estos árboles
que nos vigilan
sin murmurar...*

No cabe duda: este ritmo al pronto es agradable, acaricia suavemente el oído, pero luego produce una fatigosa sensación de monotonía. Conveniente sería, pues, que Rivera expungiese su bellísima obra de esas leves imperfecciones. La prosa rimada, es verdad, tuvo en Francia muy ilustres cultivadores: María Krezinska —de quien dijo Chantavoine que es la inventora del género— Paul Fort en sus baladas, Elemir Bourges, Saint-Paul Roux, Hughes Rebell... Pero crítico de tanta autoridad y tan acendrado buen gusto como Jean Dornis, aconseja que no se sigan esos caminos extraviados.

Cualidades primaciales de José Eustasio Rivera fueron siempre, en cuanto a poeta y en cuanto a prosador, el dón de observación y la potencia pictórica. Su mirada penetrante abarca con igual justeza el detalle nimio y los grandes lineamientos del conjunto. Después de la descripción de hispídos matagales, ríos anchurosos y planicies infinitas, la pintura de la invasión de las tambochas o la de una riña de gallos. Por su exactitud, por su realismo, por su colorido, lo que va a seguida acredita al autor como a un insigne fotógrafo de la pluma:

“...Miráronse los contendores con ira, picoteando la arena, esponjando sobre el dorso rasurado y sanguíneo la gorguera de plumas tornasoladas y temblorosas. Con simultáneo revuelo, en un resplandor azul, lancearon el vacío, por encima de sus cabezas, esquivas a la punzada y al aletazo. Rabiosos, entre el vocerío de los espectadores que ofrecían gabelas, se acometieron una y otra vez, se cosían a puñaladas, se prendían jadeantes. Y donde agarraba el pico, entraba la espuela, con tesón

homicida, entre el centelleo de los plumajes, entre el salpique de la sangre ardorosa, entre el ruido de las monedas en el estadio, entre la ovación palmoteada que hizo la gente cuando vio rodar al canaguay con el cráneo abierto, sacudiéndose bajo la pata del vencedor, que erguido sobre el moribundo, saludó la victoria con un clarineo triunfal...”

¿Defectos en el robusto libro de Rivera? Los hay, sin duda, como en todo fruto del ingenio humano. En efecto, *precipitud*, *curvo*, *péndulo*, *borrachoso*, no son vocablos de cuño castellano. Tampoco son admisibles *concurrancia* por competencia, ni *debió reirse* por debió de reirse, ni *de aposta* por adrede o aposta. Peca asimismo de incorrecta la frase *rastrillar un fósforo*, por frotarlo o encenderlo. Las acepciones que el diccionario de la academia da al verbo *rastrillar* son las siguientes: “Limpiar el lino o cáñamo de la arista y estopa. Recoger con el rastro la parva en las eras o la hierva segada en los prados. Pasar la rastra por los sembrados. Limpiar de hierba con el rastrillo las calles de los parques y jardines”. *Sanguinoso* es sanguiinario, no sangriento o ensangrentado. Y en cuanto a la voz *culpable*, es bueno recordar que *culpado* escribieron los primates de la lengua: Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, Moreto, Calderón. Cervantes dice en el *Quijote*:

“...No porque todos fuésemos *culpados*, que algunos había cristianos firmes y verdaderos...”

¿Minucias, chilindrinas, crítica ratonesca? Así consideran estos reparos gramaticales quienes abominan de los cánones del idioma y sólo ven en ellos manganas estorbosas. Pero yo pienso que un escritor, si aspira a que sus obras sean factores de adelanto e influyan por manera decisiva en el desarrollo del progreso patrio, debe profesar el culto de Nuestra Señora la Lengua y ceñirse a las reglas y preceptos del bien hablar.

En un artículo posterior me ocuparé de José Eustasio Rivera, poeta.

RESPUESTA DE JOSE EUSTASIO RIVERA

Mi querido Trigueros:

Van corridos tres meses desde que recibí el primer aviso de que estabas escribiendo unas líneas acerca de *La Vorágine*, pero te confieso que entonces no me di cata de la trascendencia

que tal hecho entrañaba para la literatura terrígena y para mi condición de escritor. Días después me confirmaste tú mismo la inmerecida gracia, centuplicándola con esta promesa elogiosa: "No se ha escrito aún ni dentro ni fuera del país una sola palabra digna de tu novela, pero yo colmaré ese vacío". Y ya no trascurrió semana sin que me repitieras ese brillante concepto, cuya paternidad es del doctor Max Grillo, agregando: "Haré un verdadero estudio de tu obra, como nadie lo ha hecho".

Ese ofrecimiento tan comprometedor como repetido, tu fama de prosista y tu jactancia de censor, amén de muchísimos atributos que van prendidos a tu seudónimo y que indudablemente posees, aunque por modestia rehuyas siempre exhibirlos y servirte de ellos, me daban derecho a esperar de ti una sabia disección de mi obrilla, un comentario fecundo en glosas razonadas y en consejos indiscutibles, que es lo único a que aspira, en el fondo de su conciencia, un literato novel como indemnización por la pesadumbre del éxito restringido, del tema desaprovechado.

Mas con espíritu cicatero farfullaste un esbozo mísero de mi novela, en el cual, por poder llenar una página de revista, embutiste citas mocuas y párrafos míos a manera de transcripciones. ¿Dónde están los tesoros de tu sabiduría que no los derramaste a manos llenas, dónde la observación precisa, el comentario sutil, la tacha certera y el análisis justo? Aun a riesgo de aparecer como desprovisto, regateas tu provisión cerebral; y empuñando a media asta mi enseña de artista encaminaste hacia el público tus juicios camaleónicos, sobre una prosa vergonzante, áspera, retorcida y sin jugo como una raíz disecada.

Aunque estimes irrespetuosos estos reclamos, tén presente que no se los endilgaría a quien no le reconociera obligación de satisfacerlos. Es verdad que siempre les negué beligerancia a los glosadores impersonales, sin autoridad y sin obra, semejantes a la planta parásita que medra en el suelo esperando dar con el árbol para trepar por él y exhibirse en la altura. No pienses que te guardo rencor ni resentimiento. Sin embargo, he de reafirmar, sinceramente, que no puedo en ninguna ruta, dejarme conducir por quien sea tuerto del mismo lado y camine menos que yo.

Para repetir que en mi novela revelo analogías con Emilio Zolá, opinión emitida antes por los doctores Gómez Restrepo y

Grillo; para conceptuar que soy "másculo genitor de belleza" y que busco la "veta" de mis inspiraciones, no en las "minas" de la realidad, como sería lo propio, sino en los "criaderos" de la misma, como dices; para enunciarle al público sin más ni más que el enredo novelesco de *La Vorágine* carece de método, de orden, de ilación, de penetración psicológica, lo que no obsta para que el libro muestre "figuras de altísimo relieve trazadas de mano maestra", una de las cuales tiene aliento de creación shakespereana; para anesthesiarme con dulces piropos (que sé agradecerte en lo que valen) y decir, sin mostrarlos, que la obra tiene defectos "como todo fruto del ingenio humano"; para titubear entre el pro y el contra, entre el favor y el disfavor, no necesitabas dragonear de crítico ni era prudente arriesgar en una aventura tu pretensa reputación de magíster! Y pensar que con lengua prometedora me repetías que tu índice sabría señalarme entre líneas, como a un chicuelo, el por qué del desliz, el origen de la deficiencia, el camino extraviado y la verdadera orientación, alto compendio de mi esperanza literaria, ya que poco me importa el aplauso con tal de verme comprendido!

Te has mostrado inferior a ti mismo, porque en mucho te tienes, como tántos mentores que aquí prosperan al amparo de la indolencia pública. Acostumbrada a ver repetido un nombre, la gente acaba por consagrarlo sin discernimiento; y cuando el hierofante pontifica, cuando el monaguillo excomulga, nadie se toma el trabajo de verificar lo que afirman ni de pensar en lo que dicen. Tú también, ¡oh Trigueros!, estás medrando sobre el precipicio y ya les tienes a tus lectores una confianza verdaderamente abusiva.

II

Es increíble el desacierto con que les niegas filiación castellana, ciudadanía o sentido propio a las voces y expresiones que no son de tu agrado. Lo imperdonable es que dictaminas contra ellas sin tener siquiera el pudor de ajustar tus sentencias al código del idioma.

En un artículo sobre la novela *Platonía*, publicado en el Suplemento Literario de *El Espectador*, a mediados de octubre último, despotricaste tan a gusto, que yo, justamente alarmado, te escribí una esquila a vuela pluma para hacerte caer en la cuenta de punibles yerros. Allí te decía, entre otras cosas:

“Tachas de galicismo el vocablo ‘hilaridad’. Esto es un error. Para no entrar en disertaciones, te aconsejo abrir el diccionario de la lengua española, última edición, en la página 55. Repruebas aquello de ‘vegetación lujuriente’, que, a tu parecer, debe decirse ‘exuberante’. Esto va en gustos, sin que sea incorrecto el uso del primer epíteto, aplicable a lo que es *muy lozano, vicioso y que tiene excesiva abundancia* (obra citada). *Bordear*, en el sentido de *orillar*, está bien empleado, aunque te parezca lo contrario. (Diccionario, página 181). Yerras también en la glosa sobre el uso de *énfasis*, pues siendo sustantivo ambiguo, admite ambas terminaciones del adjetivo”.

Aunque sabías que no pasaba entero, acudiste para juzgarme “La Vorágine” a un procedimiento doloso y desleal: tomaste la primera edición, a sabiendas de que la segunda salió corregida y teniendo la tercera en tu poder. De esta suerte me tachas “precipitud” y “borrachoso”, voces que desde un año antes había cambiado yo por “celeridad” y “venático”, aunque “borrachoso” es un provincialismo de mucho color. ¿Dices que “curvo” y “péndulo” no son dicciones de cuño castellano? Eso es una herejía gramatical, y si no te placen las disciplinas etimológicas, el solo diccionario te convencerá (páginas 773 y 928). “Sanguinoso” tiene el significado que le doy (página 1090). Gratuitamente afirmas que usé las palabras “concurrancia” en vez de “competencia” y “culpable” por “culpado”. La confusión es tuya, que quieres hacerme decir lo que se te ocurre, ahí y en aquello de “debió reirse” y “debió de reirse”, expresiones que he sabido diferenciar siempre: La Muerte ante los caucheros extraviados que soñaban con la salvación, debió reirse. Franco perdonó a Griselda culpable; no la habría perdonado culpada. ¿Por qué si se dice “de adrede” no se dice “de aposta”, cuando ambos adverbios expresan lo mismo?

Al final de tu nota crítica estampas estas frases a guisa de credo: “Yo pienso que un escritor, si aspira a que sus obras sean factores de adelanto e influyan por manera decisiva en el desarrollo del progreso patrio, debe profesar el culto de Nuestra Señora la Lengua y ceñirse a las reglas y preceptos del bien hablar”. De acuerdo, pero es tan censurable usar mal las dicciones como calumniarlas o no conocerlas.

¿Y de dónde te ha dado esa manía de andar con un cedazo raído cerniendo vocablos que no aquilatas, para justificar el

estribillo plañidero con que te dueles de las ofensas al castellano, cuando tú no haces sino ofenderlo? Además, tú pecas contra tu señora la Lengua, que es deidad munífica, en forma indigente: viviendo de sus desperdicios. Con mano remendona prendes en el capisayo de tu estilo cuanto trapo inservible encuentras en los cajones del léxico, imitando al imbele que para acreditar lo rancio de su prosapia salía a la calle con las levitas apolilladas del tatarabuelo. Tu prosa suele ser vitrina de anti-guallas, lo que no obsta para que el vulgo admire al coleccionista. "Fabulación" no significa acción fingida o imaginada sino conversación. (Diccionario, pág. 555). Por lo demás, es voz anticuada, lo mismo que "enfastiado" y "expungir". De tu uso personalísimo son "matagal" y "aterrante", y todas éstas y otras las exhumaste de un librote viejo que te dí prestado y que contiene frases de escritores antiguos.

¡Mea culpa!

III

Afirmas que *La Vorágine* carece de método, de orden, de ilación. No lo demuestras, pero también te curas de decir si esto constituye grande acierto en mi obra y si de allí proviene que su fisonomía tenga el parecido genésico de la naturaleza circundante, personaje invisible que actúa en la novela como agente genitor e impulsor.

No convienes, acaso, en que para recoger el ambiente de esa inmensa zona de dos mil leguas que va en mi libro desde las goteras de Bogotá hasta los estuarios amazónicos, y que tú calificas de "monstruosa, atormentada y bravía", era indispensable que la concepción artística, la acción, los episodios y hasta el estilo reflejaran las peculiaridades del medio que copian? Olvidas que la tumultuosa independencia de la región se opone a la medida, a la línea recta, a la ordenación, y sólo admite lo intempestivo, lo inesperado, hasta lo absurdo? Piensas que las gentes que viven en aquellos desiertos tienen almas semejantes a las que tú conoces, chiquitas, pacatas, catalogables? Ignoras que la naturaleza se les mete en el corazón para contagiarles su violencia, su crueldad, su amargura? ¿Cómo se te ocurre que en un éxodo como el de "La Vorágine", dadas las costumbres que pinto y los personajes que menciono, se me puedan pedir cosas sutiles, análisis anímicos, buena conducta, buenos moda-

les, buenas palabras? He escrito, acaso, una novela ciudadana en un ambiente de salón? No, querido Trigueros: ya las marchas guerreras no se tocan con flauta!

Pero donde mejor exhibes un criterio virginal y romo, en tu triple condición de hombre, de sicólogo y de censor, es en aquello de encontrar ilógico que Arturo Cova y Fidel Franco se enfurezcan hasta la locura por el rapto de sus mujeres, a pesar de sentirse ya desamorados, e inicien la persecución vengadora. Bien se ve que en estas aberraciones del sentimiento pasional gozas de una ignorancia santurrona, que Dios te conserve. Cualquier hombre por cuyas venas circule sangre cálida sabe de sobra que la mujer deja de sernos indiferente desde el preciso instante en que otro hombre la desea. Sobre ella conspiran para retenerla el egoísmo del macho y su amor propio, de tan enconada manera, que el varón despojado o abandonado injerta en un solo propósito de venganza diferentes rencores, y aunque ya la mujer poco le importe, él sigue ofendido, no tanto como amante sino como varón, y le cobra la ofensa a su rival. Franco y Cova persiguieron a Barrera al través del desierto, más que por Alicia y Griselda, por vengar el rapto. ¡Y hay que saber cómo se ama en el Llano, cómo se odia en el Llano y qué clase de celos da el Llano!

A propósito del "caos de sucesos 'aterrantes', de la maraña de escenas inconexas, del confuso laberinto en que los personajes entran y salen, surgen y desaparecen sin motivos precisos ni causas justificativas", ¿qué concepto tienes de la Divina Comedia de Dante, para la cual parecen escritos estos reparos? Si es, como afirmas, "lánguida de acción y flaca de argumento mi obra", he realizado una proeza y me haces un elogio al revés. Evidentemente, se necesita el colmo de la habilidad para vencer esas deficiencias y sostener en vibración la vida en un libro de trescientas y tantas páginas, que abarca un vasto escenario en que actúan la selva, la llanura, los elementos, con hombres, mujeres, animales y cosas.

Tánta acción palpita en mi obra y tánta verdad caracteriza a sus actores, que el lector, a las pocas líneas, pasa a ser testigo de cada episodio y no cesa en el ansia de presenciarlos hasta hacerse mártir de la emoción final. ¿Quién podrá distinguir, sin equivocarse, lo real de lo ficticio en mi novela? Continúa-mente me llegan cartas en que se me pide que haga esta decla-

ración y hasta se me ruega que amplíe, epistolariamente y en privado, la biografía de varios personajes de *La Vorágine*. Literatos de alto coturno, como Vasconcelos, están creyendo aún que he sido un simple compilador de los manuscritos de don Arturo Cova. ¿No crees, Trigueros, que cada lector de mi libro y cada carta de éstas condenan tu miopía espiritual?

Un sacerdote bogotano vino a pedirme autorización para dirigirse a cierto misionero de Arauca suplicándole que busque a Alicia y a su pequeñuelo. Un abogado de renombre garantiza que los asesinatos de *La Vorágine* prescribieron en los días inmediatamente anteriores a la publicación de la novela, pues de lo contrario yo no los confesaría con tan insolente descaro. Estas ingenuidades, mi querido Trigueros, no están en desacuerdo con la tuya y no acreditan la fisonomía de mi obra?

IV

La novela, mi querido amigo, es el género literario más difícil de someterse a normas especiales. Narrar una acción fingida en todo o en parte, donde entren en juego personajes que si son reales pasen a legendarios, y si imaginados, adquieran ciudadanía en la realidad; infundirles pasiones y crearles por razón de ellas conflictos interesantes dentro del medio en que se muevan; poner en armonía o en oposición sus almas, entre ellos mismos y la naturaleza circundante, que influye en la vida humana como el "fatum" de los antiguos; darles rostro, estatura, lenguaje, es algo tan complejo y a la vez tan satisfactorio que aunque todos probamos a intentarlo sólo a pocos es dado cumplirlo porque el dón de crear almas es un dón de Dios.

Algo más se requiere: saber destacar las figuras predominantes sobre sus comparsas y mantenerlas en desvelo sobre la acción para que no decaiga el interés, confiando al estilo el tono, el color, la fuerza, la luz o la suavidad a fin de darle relieve al gesto, al estado de alma y para que surjan, a su tiempo, el detalle o el panorama que convienen y como convienen. ¿Querías, tú, buen Trigueros, someter a reglas tales chilindrinas? ¿Cuál habría sido el método para *La Vorágine*? Hábla, por Dios, que la curiosidad se me ha convertido en una ascua y me quema el espíritu.

Yo creo haber realizado una hazaña en las descripciones, encerrando grandes panoramas en dos o tres rasgos, o exhibiendo detalles, con un solo epíteto, o condensando en una sola frase toda una situación. Creo que, sin mermarle eficacia y sentido, reduje a pocas líneas lo que a primera vista requería extensas páginas. Tengo derecho a saber si esto es meritorio y si estoy en lo cierto. Creo que en fuerza, color, luz y paisajes, mi novela no tiene qué envidiarle a ninguna otra colombiana. Tú que alardeas de experto conocedor y que juzgas el libro, por qué no lo dices o por qué no lo niegas?

Cómo es posible que estas cosas escapen a la perspicacia de un crítico y que en vez de analizarlas como es obligatorio, te desgarras buscando citas para acreditar erudición, como ésa del "estouro" que ni se parece a mi "barajuste" ni es una página de relieve en la brillante obra de Euclýdes da Cunha, inferiorísima a las que trazó Cunninghame Graham sobre igual tema? ¿Por qué vacilas en afirmar que conozco al autor de "A margem da historia"? Tú sabes que en la relatividad de nuestro medio y de nuestro ambiente, estamos Rasch Isla y yo mejor enterados que tú del movimiento literario en el Brasil, y debes saber que espero tu estudio sobre *Tierra de Promisión* para rebatirte las ineptias que ensartas acerca de prosa rimada, de ritmo y de asonancias interiores.

Mas lo que no puedo perdonarte nunca es el silencio que guardas con relación a la trascendencia sociológica de *La Vorágine*, que es el mejor aspecto de la obra, según lo declara el doctor Gil Fortuol. ¿Cómo no darte cuenta del fin patriótico y humanitario que la tonifica y no hacer coro a mi grito en favor de tantas gentes esclavizadas en su propia patria? ¿Cómo no mover la acción oficial para romperles sus cadenas? Dios sabe que al componer mi libro no obedecí a otro móvil que al de buscar la redención de esos infelices que tienen la selva por cárcel. Sin embargo, lejos de conseguirlo, les agravé la situación, pues sólo he logrado hacer mitológicos sus padecimientos y novelescas las torturas que los aniquilan. "Cosas de *La Vorágine*", dicen los magnates cuando se trata de la vida horrible de nuestros caucheros y colonos de la zona amazónica. Y nadie me cree, aunque poseo y exhibo documentos que comprueban la más inicua bestialidad humana y la más injusta indiferencia nacional. Tú, que fuiste cónsul en Manaos cuando los crímenes

de la selva llegaron a su apogeo, ¿por qué callas hoy como ayer, en vez de comentar mi denuncia destacándola nítidamente a la faz del país, te ocupas sólo en minucias y trivialidades?

Mientras tanto, la obra se vende pero no se comprende.

¡Es para morir de desilusión!

JOSE EUSTASIO RIVERA.

JOSE EUSTASIO RIVERA, POETA

Jean Dornis —crítico de recia envergadura— analiza en un libro, que yo considero definitivo, el modo como los poetas franceses contemporáneos ven, conciben, interpretan y comprenden las cadencias armoniosas del universo.

Sacerdotes de un culto panteístico exaltado, devotos fervorosos de la naturaleza, adoradores de la luz que fecunda, del cielo que sonríe, de la brisa que murmura, del agua que canta, encuentran el venero de sus inspiraciones en el sol, en la bestia, en el pájaro, en la planta. Los árboles les dictan sus poemas, escuchan atentamente los ruidos de la tierra y el sonido de sus rimas se lo prestan al viento. Las palabras que brotan de sus labios se podrían comparar —dice el grande escritor— con las abejas que se escapan de una colmena en actividad, ebrias de miel e impregnadas con el perfume de flores agrestes. Creyérase, en efecto, que tales apolonidas llevan en los cabellos la humedad del rocío de los campos, en la boca el dulzor de frutas maduras y en las manos el olor penetrante de las vendimias. Uno de esos portaliras —la condesa Mathieu de Noailles— invoca así al astro sagrado, creador, animador, propagador, fuente perenne de salud y de vida:

*Moi seule en vous voyant, je prie y je chancelle.
Il semble qu'en mon coeur, un aigle ouvre ses ailes
et qu'en roses, l'été fait éclore mon sang
Quand vous apparaissez, beau soleil jaillissant...*

Si Francisco Fabié, Abel Bonnard y Enrique Bouvelet, les dedican versos emocionados al perro enfermo, al buey meditabundo, al asno melancólico, en María Dauguet tiene el toro la más elocuente y cariñosa admiradora. El siguiente soneto

—obra magistral a juicio de Jean Hérítier— es en las letras lo que en la pintura el célebre cuadro de Paul Potter, del Museo Real de La Haya:

*Taureau, que le désir impérier accable,
Je viens te contempler en ta magnificence,
Debout parmi cette ombre rousse de l'étable,
Dont le parfum moelleux, ô brute et dieu, t'encense.
Image du soleil, force, vigueur, ô mâle
Intarissablement, dans sa luxuriance,
Tu projettes la sève ardente, comme il lance
Ses rayons vers la terre aux flancs inépuisables.
Ainsi qu'on l'a comprise en des temps fabuleux,
Ta beauté m'apparait: j'aime passer mes mains
Sur ton cou frissonnant, ton garrot, tes reins.
Féconds, tandis que apremment tu t'emeus
El que le mufle énorme, où ma paume s'étale,
Me brule de son souffle et superbement râle.*

Hay para las aves adoración no menos intensa. Edmond Rostand escribe:

*Seigneur, si l'homme injuste, en nous jetant des pierres
Nous paye, de l'avoir entouré de chansons,
Et d'avoir disputé son pain aux charançons,
Si dans quelque filet notre famille est prise,
Faites-nous souvenir de saint Francois d'Assises,
Car il faut pardonner a l'homme ses réseaux
Parce que un homme a dit: mes freres les oiseaux.*

Pero Francis James va más lejos todavía en su fiebre panteísta. Ama a los vegetales como a sus propios semejantes. Experimenta por ellos sentimientos cristianos. Acepta resignado el dolor, a cambio de que las plantas no padezcan. Oigámosle:

*Mon Dieu, puis que mon coeur gonflé comme une grappe,
Veut éclater d'amour et crever de douleur.
Si c'est utile, mon Dieu, laissez souffrir mon coeur,
Mais que sur le coteau les vignes innocentes
Mûrissent doucement sous votre Toute-Pissance.*

A esta escuela de poetas pertenece José Eustasio Rivera. Hijo robusto de la naturaleza, el bardo ilustre entona en sus estrofas cálidos himnos a la tierra nutricia, que es matriz enorme de misteriosas transformaciones, receptáculo de dinamismos ocultos y vasto laboratorio de fuerzas infinitas. El río, la selva, el farallón, la azul dulzura de los cielos sin nubes, los crepúsculos de fuego, la luna que riela, el potro indómito que relincha, la sierpe que se arrastra, el caimán que rezonga, el tigre

que salta, la tórtola que arrulla, la mariposa que vuela... hé ahí los cuadros rústicos y sencillos que se complace en delinear el pincel admirable de este discípulo afortunado de Teócrito y de Virgilio:

Soy un hijo del monte. Por su sitio más fresco busco, siempre cantando, la sonora colmena. Y en las grutas silentes mi garganta se llena de panales nectáreos y de almendras de cuesco.

Al salir de las ondas, con placer me adormezco sobre las hojarascas que mi perro escarmena, y al través de las ramas, en mi cara morena, pone el sol de la tarde su movible arabesco.

Inspirado en un sueño de ternuras lejanas Acaricio las flores. Me coronó de lianas y los troncos abrazo con profunda emoción.

Que después, cuando a solas mi pensar reconcentro, busco el premio del monte, y en mi espíritu encuentro el retoño florido de una dulce ilusión.

Pero el musageta no se contenta con ser únicamente espectador de la gloria, esplendores y magnificencias del universo. Quiere fundirse en él, vivirlo, sentirlo, identificarse con los elementos:

Soy un grávido río, y a la luz meridiana ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje; y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana; y peinando en los vientos el sonoro plumaje, en las tardes un águila triunfadora y salvaje vuela sobre mis tumbos encendidos en grana.

Turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo, al pasar ante el monte que las nubes descuella, con mi trueno espumante sus contornos inundo;

y después, remansado bajo plácidas frondas, purifico mis aguas esperando una estrella que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.

No es abundante la cosecha lírica de José Eustasio Rivera. Avalorada por sus condiciones cualitativas y no cuantitativas, esa obra se reduce hasta la hora presente a una cincuentena de sonetos tersos, rotundos y marmóreos, a mi entender no superados en Colombia. No importa, por ende, que la producción sea escasa. El toque no está en lo mucho sino en la clase. Un madrigal, a veces, basta para alcanzar la inmortalidad. El de Gutiérrez de Cetina, por ejemplo, a unos ojos claros y serenos, salvó del olvido el nombre del trovero español. Vivirá, pues, en la memoria de las generaciones venideras quien ha escrito sonetos de este jaez:

*Destacada en un cielo de turbia lontananza,
con taciturno porte, sobre el peñón sombrío,
un águila perínclita se envilece de hastío,
enamorada ilusa de un sol que no se alcanza.*

*Ella que ayer mantuvo con los vientos su alianza,
sabe que todo vuelo sólo encuentra el vacío;
y enferma de horizontes, triste de poderío,
busca en la paz el último sueño de venturanza.*

*Ante el astro que muere nublando el hemisferio,
siente el heroico impulso de rescatar su imperio;
mas otra vez con grave cansancio de grandeza*

*el ala perezosa sobre la garra estira,
e irremediablemente desconsolada, mira
que en el azul tedioso la oscuridad bosteza.*

Al lado del fastidio trágico del águila, el gemido doloroso de la torcaz:

*Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja la selva con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.*

*Arrurrú... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.*

*Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,*

*al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... y se apaga la luz.*

Cometería pecado de injusticia si no señalase también como arquetipos de belleza, lo mismo por el pensamiento que por la ejecución, los sonetos a la nutria, al cóndor, a los bueyes, al escarabajo, al semental. Esas son, valga la verdad, composiciones inimitables, en las cuales ha quedado hondamente marcada la garra prepotente de un artista genial.

Sin embargo... en no pocas ocasiones paga tributo al mal gusto el liróforo del Huila, y su musa abate el vuelo, desde el ápice de una alta y gallarda inspiración, hasta la sima del más vulgar y bajo prosaísmo. Por donde el neblí se cambia en ave de corral. Disuenan por manera lastimosa en la pluma de tan excelso literato, estas expresiones pobres, pedestres y desmazaladas:

*Lleva al pecho un carrizo con veneno de iguana.
Bocachicos y pejes, el pavón, la corunta.
La carcoma termina su reparto.
Huérfana vive en desolada inopia.*

Dice el cantor:

*Al pasar bajo un palio de inflexibles guaduales
le disparo a una ardilla, que en los turbios cristales
viene a dar "desgalgada" de las trémulas frondas.*

"Desgalgado", "desgalgada", no existen en castellano. "Galgar" es verbo portugués y significa saltar, subir, trepar.

El autor que analizo no habrá de amoscarse por los reparos que anteceden. Los escritores de noble raza —afirma José Enrique Rodó— aspiran, ante todo, a ser comprendidos. Los escritores adocenados —agrega el crítico uruguayo— anhelan, por sobre todo, ser incondicionalmente aplaudidos. Y yo estoy seguro de que José Eustasio Rivera pertenece al número de los primeros, esto es, al número de aquellos que prefieren un juicio sereno, desapasionado y equitativo, a una loanza ditirámica y de mala fe.

Yo he ensalzado, con entusiasmo y sin reservas, cuanto en *La Vorágine* y *Tierra de Promisión* me ha parecido merecedor de encomio. Creo tener derecho a señalar también lo que en esas obras encuentro censurable.

Poeta esencialmente plástico, objetivo, visual, José Eustasio Rivera no pone en sus estrofas un adarme de amor, ni de emoción, ni de ternura. Debajo de la recia y brillante corteza de sus versos no circula la sabia del sentimiento. Es un vigoroso pintor, un hábil paisajista, un egregio descriptor. El mundo de las almas no le interesa. Retrata con fidelidad y destreza singulares el aspecto externo de las cosas, pero no desciende nunca con su lámpara encendida, al fondo oscuro del dominio interior. La pasión está siempre ausente de su obra. En ella no se percibe el temblor de un sollozo, ni el eco de un suspiro, ni el crujido evocador de una falda femenina. ¿Frialdad, indiferencia, misoginia? ¿Quién sabe! Lo cierto es que, al menos en sus libros, el aeda no le rinde pleitesía a Venus vencedora.

Hay que manifestarlo con franqueza: en el acervo ingente de nuestra producción poética, sin numen real, sin lógica, sin lenguaje, sin estilo, sin ideas, hecha en su mayor parte de rapsodias insulsas, de calcos descarados, de serviles imitaciones, de originalidad extravagante, de novedades absurdas, de esoterismos insensatos, los sonetos de Rivera, fuertes y sanguíneos, son un manjar exquisito para quienes no han estragado el paladar literario con la bazofia moderna.

Yo deploro, no obstante, que José Eustasio Rivera carezca por entero de la capacidad de sentir, porque es ésa una deficiencia que menoscaba grandemente el mérito de su obra lírica. El es, por otra parte, un poeta monocorde. Aislados, unos cuantos de sus versos nos deleitan. Reunidos en volumen, dejan en el espíritu una tediosa impresión de cansancio y de monotonía.

Ojalá que en lo venidero escoja temas más variados, se aleje un poco de los asuntos zoológicos y se percate de que, antes que la vida y costumbres de los animales, son dignos de estudio los problemas de la conciencia y los conflictos del corazón.